

ESPAÑA Y FRANCIA HAN FESTEJADO EL PRIMER CENTENARIO
DE ORFILA

POR EL

DR. JUAN FERNÁN PÉREZ

MADRID

UN DÍA EN MENORCA

EN un vuelo de una hora hemos saltado desde Barcelona a Mahón para pasar un «fin de semana» en la bella ciudad donde vino al mundo Mateo José Buenaventura Orfila.

*Era una isla encantada
perdida en medio del mar...*

cuyas construcciones megalíticas, taloyots, taulas, navetas, etc., esparcidas por todas partes, demuestran que una raza de las islas del mar Egeo poblaron Menorca en los siglos X al XV antes de Jesucristo. Y en Mahón, en el ambiente menorquín del siglo pasado, nació Orfila, que supo enfrentar ante su padre su deseo de no seguir la tradición familiar de mercaderes, para dedicarse a cultivar su inteligencia, poniendo en juego para lograrlo todo el esfuerzo preciso, una decidida vocación, un afán de perfeccionamiento que había de durar en él toda su vida y que le llevó desde sus primeros pasos por el más recto camino del triunfo.

Y aprendió a fondo latín y griego, y más tarde, francés e inglés, y, sobre todo, música, cuyos conocimientos los inició de forma poco grata, como consecuencia de la falta de sentido pedagógico de un sacerdote, que pretendía enseñar corcheas y fusas, hemoles y becuadros, golpeando con una palmeta sobre las pequeñas manos de sus discípulos. Por fortuna se interpuso un médico, que era, como la mayoría de ellos, gran melómano y que le enseñó el divino arte con la dulzura necesaria para amarlo y no para mostrarle verdadero terror.

DE TARTAMUDO A BRILLANTE ORADOR

En Orfila se dió un interesante caso de musicoterapia o meloterapia. Una tarde, su padre, habituado a mandar con violencia los casi esclavos de los barcos de que era armador, hizo objeto al pequeño Mateo de una brutal reprimenda, y el niño, aterrado, se marchó a la cama llorando desconsoladamente. A la mañana siguiente amaneció atacado de una angustiosa tartamudez, que fué curada gracias a la terapéutica impuesta por el médico que le enseñaba música

y que consistió, sencillamente, en hacerle asistir, como cantor, al coro de la iglesia durante unos cuantos meses. La voluntad de Orfila hizo lo demás, para llegar a ser en adelante uno de los oradores más brillantes y seguros en el dominio de la palabra, pronunciada en castellano, francés o inglés.



RETRATO DE MATEO-JOSÉ BUENAVENTURA ORFILA, CON INVESTIDURA ACADÉMICA, QUE SE CONSERVA EN LA FACULTAD DE MEDICINA DE PARÍS.

APRENDER ENSEÑANDO

Un viejo marino le enseñó matemáticas y geometría; pero entonces puso en práctica la teoría de que para aprender una materia lo mejor es imponerse la obligación de enseñarla a los demás, y así comenzó a dar él mismo lecciones de estas materias a amigos y condiscípulos, logrando un gran triunfo y marcando el rumbo del gran pedagogo que habría de caracterizar toda su vida.

Cuando se preparaba para ingresar en la Facultad de Medicina, trabó conocimiento con un alemán de gran cultura, poliglota, excelente músico y me-

or pianista, conocedor de la Historia Natural y de la Física, y, sobre todo, excelente filósofo, formación que habría de influir notablemente sobre el espíritu de Orfila.

SU LLEGADA A LA PENÍNSULA

A principios del siglo pasado marchó a Valencia para iniciar sus estudios facultativos; pero no conforme con las enseñanzas que recibía, adquirió textos franceses de Química y transformó su habitación en un verdadero laboratorio, dedicando tanto entusiasmo y voluntad al estudio, que durante más de un año apenas dormía tres o cuatro horas diarias.

Un historiador describe así el brillante éxito alcanzado por Orfila en la Universidad de Valencia: «El claustro acordó organizar para fin de curso una prueba extraordinaria entre los alumnos del primer año, invitando a presenciarse y juzgarla a los primeros profesores de España, prueba en la que Orfila actuó con tanto dominio de los temas y elocuencia expositiva, que se le hizo objeto de una distinción especial al citarlo en toda la Prensa y colocar en la propia Universidad una inscripción que decía: «Mateo Orfila, Víctor.»

FRENTE A LA INQUISICIÓN

Al día siguiente de este triunfo, el inquisidor decano le citó en su domicilio; pero antes, un compañero de estudios le advirtió que había sido acusado de sostener opiniones heterodoxas, y que debía hablar con gran tiento y cuidado en la visita que iba a hacer. El inquisidor le recibió amablemente:

—Ha conseguido usted un gran éxito —le dijo—, y yo, que siento gran admiración por la juventud que trabaja, le he aplaudido de todo corazón. ¿Qué piensa usted hacer ahora?

Y Orfila le contestó, seguro de su palabra y de lo que deseaba decir, hablando de sus conocimientos e ideas sobre la teoría de la creación y de la antigüedad del mundo. Y aun cuando el inquisidor le felicitó y le alentó para seguir estudiando, al salir escribió Orfila a su padre diciéndole: «Me traslado a Barcelona. Aquí perdería el tiempo, ya que enseñan la Anatomía con los elementos de Heister, sin ver un cadáver, y la Medicina, con el Boerhave, sin ver un enfermo.»

«Y en Barcelona fué donde vi por vez primera a los estudiantes de Medicina sometidos a un verdadero y escrupuloso examen de fin de curso, y sus nombres colocados en la tabla de edictos, con indicación de las calificaciones obtenidas.»

LA JUNTA DE COMERCIO

Existía en Barcelona por aquel entonces una llamada Junta de Comercio, que era un organismo cultural creador de cátedras y sostenedor de laboratorios, a la vez que concedía pensiones a los alumnos más destacados, y a propuesta de Carbonell y del secretario de la Junta, Gascó, se concedió a Orfila una pensión de mil quinientos francos anuales para ampliar estudios durante dos años en Madrid, con Proust, y otros dos en París; pero al llegar a Madrid, Orfila supo que Proust había regresado a Francia por razón de enfermedad, y decidió

marchar a París, una vez obtenido el oportuno permiso de la Junta. Y después de diez días de viaje, agradablemente acompañado de dos médicos, un abogado y una señora joven de gran hermosura, llegó a la capital francesa y el mismo día era presentado a Fourcroy y Vauquelin, bajo cuyos auspicios comenzó sus estudios, admitiéndole Vauquelin en su laboratorio y encargándole de la preparación de lecciones. Dió un curso de Química, con carácter particular, al que asistieron más de cuarenta alumnos, cada uno de los cuales abonaba una cuota mensual de cuarenta francos.

La derrota de los franceses en España puso en grave situación a todos los españoles residentes en París, y Orfila fué detenido; pero se las ingenió para hacer llegar una carta a su maestro, Vauquelin, e inmediatamente se presentó en la cárcel, vistiendo sus galas de académico, el uniforme del Instituto de Francia, espada al cinto, las palmas verdes y sus deslumbradoras condecoraciones, atuendo que impresionó tanto al jefe de la prisión, así como las palabras de garantía que daba acerca de Orfila, que fué puesto en libertad en el acto.

SU TESIS DOCTORAL

Y en 1811 lee su brillante tesis doctoral sobre la orina de los ictericos, que fué objeto de las mayores alabanzas y elogios.

En uno de los cursos de Química que daba, explicaba a sus alumnos los elementales conocimientos que entonces se tenían acerca de los venenos. Un día que trataba de las reacciones capaces de descubrir el arsénico en los alimentos, se le ocurrió completar la explicación vertiendo una solución de arsénico sobre un vaso que contenía café, anunciando que mediante los reactivos que iba a utilizar se formaría un precipitado rojo, y su sorpresa no tuvo límites al comprobar que el precipitado era azul. Suspendió la lección y se fué a su casa, donde pasó la noche pensando en aquel suceso y diciéndose: «Las afirmaciones de los autores son, sin duda, inexactas, en cuanto se refiere a las reacciones del arsénico en los alimentos; pero es preciso encontrar la manera de descubrir el veneno en los alimentos, en el contenido gástrico, en las deyecciones.» Y a la mañana siguiente se levantó con la idea de llevar a cabo un plan completo de toxicología, marchando a casa de un editor para ofrecerle la publicación del libro que se proponía escribir sobre la nueva ciencia, y Crochat publicó la obra, por la que pagó cinco mil francos por la primera tirada, de 1.500 ejemplares, y seiscientos más por cada nueva edición.

ORFILA Y LOS PERROS

Inspirándose en los trabajos experimentales llevados a cabo por el fisiólogo Magendie, Orfila comenzó a estudiar ampliamente la acción de los venenos en los animales, y da aproximada idea de los trabajos experimentales, que durante tres años llegó a sacrificar nada menos que ochocientos perros, adquiriendo una gran reputación como toxicólogo y como cazador de perros. A este efecto, se conoce la anécdota del individuo que había perdido su magnífico perro de caza y que, seguro de encontrarlo, marchó a casa de Orfila, donde ya lo encontró víctima de un experimento. Quiso lanzarse sobre el sabio menorquín; pero éste cogió rápido un frasco lavador lleno de agua destilada y, levantándolo en el acto, le amenazó: «Si da usted un paso más, morirá con este líquido.» Y el cazador, asustado, dió algunas excusas y huyó de aquel infierno.

POR AQUEL ENTONCES

El primer secretario de Despacho y de Estado de Fernando VII, por medio del embajador de España en París, entabló negociaciones con Orfila para que viniese a Madrid a dirigir el Laboratorio Químico de la Corte, a lo que contestó Orfila con una carta que decía así:

«Excelentísimo señor: Proust es un hombre de gran talento y un profesor distinguidísimo. Los cursos dados por él en España nada dejan que desear; pero si bien fueron seguidos por un auditorio numeroso, Proust no ha formado ni un solo discípulo. Esto se debe a que la mayor parte de los oyentes eran gentes de mundo, que asistían a las lecciones como hubieran asistido a un espectáculo... Yo aceptaría con mucho gusto la sucesión de este sabio ilustre, bajo la doble condición siguiente, nacida de un propósito, que hallaréis honorable:

1.ª Cada una de las trece provincias o antiguos reinos de España enviarán cuatro jóvenes bien escogidos, que deberán ser pensionados por ellas y que seguirán mis cursos teóricos y prácticos durante tres años, por lo menos.

2.ª Al final de sus estudios, los que de entre todos (después de un serio concurso) hayan sido dignos de ocupar una cátedra, serán nombrados inmediatamente profesores en las Academias, en las Universidades o en las poblaciones industriales o mercantiles respectivas. Estoy convencido de que adoptando este sistema, dentro de diez o doce años España no tendrá nada que envidiar a las demás naciones en cuanto a Química, y yo podré felicitarme de haber prestado a mi país un efectivo y señalado servicio.»

El secretario de Fernando VII no se creyó obligado a contestar a esta carta, y nombró a Orfila director del Laboratorio Químico, que éste no aceptó por las condiciones en que fué hecho.

Y entonces fué nombrado médico de Luis XVIII, naturalizándose francés, llegando a ostentar el decanato de la Facultad de Medicina y la presidencia de la Real Academia de Medicina.

Habría materia para varios volúmenes si intentase escribir la biografía completa de Orfila, labor que han abordado ya numerosos biógrafos e historiadores. Nosotros nos limitamos, por hoy, a fijar las anteriores pinceladas de la vida de aquel gran hombre de ciencia español, que, como dice el conde de San Javier, «vivió en medio de los suyos y los suyos no le conocieron».